



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.^a — AÑO XIV. — TOMO XII.

NÚMERO 36. — Madrid 25 de Diciembre de 1889.

NUMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS

Tres meses..... 4 ptas.
Seis meses..... 7,50 "
Un año..... 15 "

CUBA Y PUERTO-RICO

Seis meses..... 2 1/2 ps. fs.
Un año..... 4 "

PROPIEDAD

DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

Director: D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA

CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 "

FILIPINAS Y AMÉRICA

Seis meses..... 3 ps. f.
Un año..... 5 "

SUMARIO

Texto.

A nuestros lectores, Fernando Martínez Pedrosa. — *La década*, Tordesillas. — *Progresos científicos*, Melchor de Palau. — *Discurso de don José de Castro y Serrano, leído ante la Real Academia Española, en su recepción pública del día 8 de Diciembre de 1889* (conclusión). — *Cosas de Noche buena* (cromos y viñetas), Angel Salcedo Ruiz. — *El cielo*, Antonio Fernández Grilo. — *Murillo*, Florián. — *El mulato de Murillo*, X. — *Asociaciones benéficas*. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

Grabados.

PLAZA DE PALACIO EN BARCELONA. Cuadro de Modesto Texidor y Tarrés. — Nadie ha olvidado este lienzo de uno de los artistas más notables de Cataluña, con el que atrajo la atención y la admiración del público en la última Exposición Nacional de Bellas Artes. A la

dificultad superable para muy pocos de ver el natural, como lo ve Texidor, y de reproducirle como le reproduce, hay que añadir en esta obra maestra el asunto impenetrable de caracterizar a la naturaleza de un día de invierno: de combinar la luz con la masa atmosférica y monótona de la niebla; de armonizar el tono y la perspectiva; de formar un cuadro tan exacto, en que la humedad se palpa, y puede decirse que se respira el ambiente de la lluvia. Es un prodigio este lienzo, en que, por extraña manera, compiten la verdad real y el ideal artístico. D. Modesto Texidor no ha producido cuadro mejor observado, que nos hace esperar otro de estas condiciones en la Exposición de 1890.

BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO. — (Véase el artículo correspondiente.)

ADORACIÓN DE LOS REYES MAGOS. Cuadro atribuido a Murillo. — (Véase el artículo indicado.)

PAISAJE DE INVIERNO. Cuadro de L. Meinthe. — Nada más bello que este lienzo en que el arte engrandece la naturaleza. La impresión

poética, factor de este género de composiciones, resalta aquí con tal lucidez, que en ese campo, en esa vía, cubiertos de nieve, avalorados con interesantes detalles, y sobre todo, en ese grupo de árboles de añosos troncos, se resuelve el arduo problema de la realidad. La firmeza en el dibujo, el hábil claro-oscuro, la delicadeza en el conjunto de la composición, hacen de la obra de Meinthe un pequeño poema.

Á NUESTROS LECTORES

Por cesión de la Junta de Señoras del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, la propiedad de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, desde el próximo



PLAZA DE PALACIO EN BARCELONA, CUADRO DE MODESTO TEXIDOR Y TARRÉS.

año de 1890, pertenecerá á la Junta Central de organización católica de España, presidida por el Rmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá. La Dirección actual, al dar por terminadas sus tareas, en las que ha empleado dos años de labor constante para mantener esta bandera, posponiendo todo lo meramente humano á la propagación de la doctrina única salvadora de la sociedad, al triunfo de la idea católica, se felicita de que esta publicación, al terminar el año décimo-cuarto de existencia, pase á manos de nuestro sabio Prelado y de los doctos varones que forman la citada Junta organizadora, los cuales, con mayor autoridad y recursos que los nuestros, acrecentarán el prestigio de la Revista, y ya en ésta ó en otra forma, realizarán el propósito de la inolvidable fundadora del Asilo, Ernestina Manuel de Villena, de que no sucumban el periódico ni la cristiana obra que representa.

Al despedirme de nuestros asiduos lectores, insignes colaboradores, prensa católica, operarios de la imprenta del Asilo y de cuantos contribuyeron á hacer grata la misión que me fué encomendada, les reitero mi consideración personal.

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

LA DÉCADA

EN año en quince minutos! Este título de pieza teatral conocida es aplicable á los años de la existencia humana: apenas vienen se van. Son como relámpago ó fuego de artificio que brilla, deslumbra y desaparece: fugaces en las dichas y ni siquiera estables en las penas, duran en la imaginación reflectora de goces pasados, en el recuerdo y nada más. Su torva faz asoma el novel 1890, en tanto que dobla tarjetas de despedida el cansado y decrepito 1889, convicto y confeso de no haber hecho nada de particular más que dejar hacer: tenderse en el surco devorado por la clorosis y la anemia, correr impávido á su término fatal, sin poder decir «esa es mi obra.» Aparte de dos sucesos faustos que registra; el primer Congreso Católico Nacional y las pruebas de que no era ilusión el descubrimiento de la navegación submarina, la obra de los creyentes y la del buen cristiano Peral; el año que agoniza deja en herencia mesa revuelta de sucesos prósperos y adversos; una negación convertida en afirmación; la paz europea no turbada; la tragedia de Meyerling y desdichada muerte de Rodolfo de Austria, al lado de la Exposición Universal de París; la coronación de Zorrilla y la decadencia poética y literaria: los toros en París y las verbenas *ilustradas* de Madrid; la revolución del Brasil y la contrarrevolución que allí germina. Mezcla del bien y el mal; nombres que se borran de la historia é ideas civilizadoras que arraigan, como la de la extinción de la esclavitud en África iniciada por el Cardenal Lavignerie.

* *

El año que en su breve reinado registra muertes de hombres tan dignos de la posteridad como el Marqués de Molins, Galindo de Vera, Trueba y Arnao; de católicos tan ilustres como los Marqueses de Urquijo y de Santa Cruz de Mudela, contará de hoy más en sus tristes efemérides la del fallecimiento del Dr. D. Francisco Sánchez de Castro, catedrático de la Universidad Central, entendimiento superior, espíritu recto, corazón sano; cruzado en la noble empresa de mantener la inmutabilidad de la Iglesia

y la supremacía del catolicismo, combatiendo denodado el error de todos los tiempos. En las primeras etapas de su brillante carrera le habíamos visto enaltecer con su pluma el periodismo católico, con su palabra elocuente y caldeada en el ardor de la fe, propagar la buena doctrina. Mostrarse en la escena proscenior de la dramática calderoniana, rompiendo los moldes que empuñaban el arte y trazando soberbias figuras: Hermenegildo é Yngunda, Theudis, los cuales vivirán cuanto viva el sentimiento imperecedero de la verdad que nos aproxima á Dios, cuanto duren las galas de la sonora habla castellana. Como lírico, era feliz y desbordado genio Sánchez de Castro: dicen sus odas á «María Inmaculada» y al «Concilio Vaticano», lo pregona muy alto aquella admirable creación intitulada «Cántico al hombre», donde entre llamaradas de fuego, entre palpitaciones del espíritu humano, brotan las ideas como hilos de oro, como irradiaciones de luz eterna, en que descuella la potestad del hombre y sobre ella la grandeza de su Criador. Hombre de ciencia, deja como modelo en la enseñanza didáctica sus «Lecciones de literatura general y española», tratado completo sobre el concepto de la literatura, de la belleza, de la palabra, del arte, poesía en sus varios géneros, oratoria y didáctica; semilla que en manos de sus amantes discípulos fructificará como sembrada en campo fecundo en bienes, al suave calor de la creencia inseparable de la ciencia verdadera. ¡Pobre, y ya por tanto, bienaventurado amigo! Al vibrar todavía en mis oídos aquella limpia, enérgica y cadenciosa voz con que en la Asamblea católica defendía los derechos del Pontificado, proclamaba el reinado de Jesucristo en la tierra, ¿quién habría de decirnos que aquella mente viva, inspirada habría de turbarse; que aquella potente voz habría de caer pronto en la suprema angustia del postrer gemido? Dios, presente á toda prueba, testigo ante el dolor de los muchos que te lloran, recoge las lágrimas de tu buena esposa, de tu anciana madre; las oraciones de tu venerable hermano el Prelado de Santander; la corona de siemprevivis tejida por los que admiraron tu hermosa vida y tu santa muerte, y á todos nos dice: ¡orad y esperad!

* *

Y por cierto que con el triste motivo de la muerte de Sánchez de Castro, surge en la prensa católica algo á modo de discusión impertinente á mi ver, sobre la tendencia política del finado, y si estaba ó no afiliado á este ó el otro partido. Poco trascendental es, sin duda, el punto tratado en la esfera de la publicidad, y hora es ya de que nos vayamos persuadiendo, conformes con el juicio inapelable del Pontífice Soberano y de sus factores los Obispos, de que en la acción común de los católicos cabe definir la política en el orden de las ideas, pero no descender á las luchas y miserias personales de los partidos. La política puede ser el medio, no el fin de la religión; y los que por ella combatimos podemos considerarnos felices llamándonos, mejor que partidarios, católicos fervientes y nada más que católicos. Todo por la Iglesia, por la sociedad cristiana, por el orden moral y nada por lo que aquí se llama política de partido. Sánchez de Castro pensaría, ante todo, en sus deberes de buen cristiano; de hombre de fe. Así, gracias á Dios, pensamos muchos. Tal vez por eso, Sánchez de Castro, á pesar de sus merecimientos, no llegó ni á Diputado ni á Ministro. ¿Y qué?

* *

En la restauración del templo de San Francisco el Grande, faltaba una nota característica de la pintura religiosa de nuestro tiempo: la firma del laureado artista D. Alejo Vera, inspirado en la concepción de mártires y santos de las catacumbas, y que con tanto acierto refleja el ideal místico en sus obras. Nun-

ca es tarde para enmendar la omisión de nombre tan conspicuo; y al encargar al Sr. Vera un cuadro destinado á la restaurada basílica, el arte de la pintura cuenta con una muestra más de que no es tal como se supone la decadencia del espíritu cristiano en el arte contemporáneo. El autor de la celebradísima obra *Entierro de San Lorenzo*, penetrando en las sublimidades de la vida del serafín de Asís, reproduce el momento del *Milagro de las rosas*, bañando en resplandores de luz purísima al Santo y á la gloria de ángeles que le rodea, y añadiendo con este lienzo un timbre más á los que ya avaloran los muros del grandioso templo.

* *

¡La lotería! Sumum de nuestras aspiraciones, maga de nuestros sueños, receta para de golpe hacerse rico. Allá van nuestros ahorrillos, nuestro dinero que en una hora de fortuna ha de dar mil por uno. Improvisemos la suerte, abreviemos de un salto el camino. Venga oro y con él la felicidad que anhelamos, la salud y el porvenir de nuestros hijos. Pasaron los tiempos en que se buscaba la riqueza con la inquietud y ansia de conquista; con las armas en la mano para lograr el triunfo por la guerra; en que se codiciaba nombre y acierto en exploraciones difíciles y peligrosas; en que patria y hogar se hacían prósperos ó al menos conformes con un honrado y modesto bienestar. Hoy carecemos de todo; repelemos como castigo enorme el trabajo. Apunten, ¡fuego! Ya está: una bolilla despreciable nos salva. Cruzados de brazos esperábamos á que el cuervo bajara con la torta, y el cuervo ha llegado á librarnos de la esclavitud de sudar el pan que hemos de comer. Así discurre el que juega al azar cincuenta céntimos, como el que derrocha cien duros. Y después de cantados tantos y tantos números, los nuestros.... siempre quedan en el misterioso bombo. Lotería, tú eres la madre del desengaño.

* *

¡Noche buena! ¡Noche al fin! que encubres miserias, dolores y desengaños. La que nos espera no puede ser feliz, porque donde no reina la salud sobran la cena y tal vez la lotería. Del Norte de Europa ha venido el contagio, el malestar, el ardor de la piel, la pesadez del cerebro, la calentura. Madrid, como otras grandes capitales, está febril; el dengue, más sensible de lo que parece, no respeta jerarquías ni nombres; los grandes hombres, como los miseros mortales, se rinden, caen, se acuestan. La mesa de hoy es la cama; al turrón sustituye la flor de malva. Lo que en esta jornada aflictiva pierden el gusto y el placer ganan el médico que por casualidad está sano, y la botica. Sí; como en la vida no todo es llano, en vez de las esperadas fiestas de Pascua vienen las pascuas de la botica. El teatro desierto, el paseo medroso, la noche arropada y mudos tambor, pandereta y zambomba. ¡A esto se llaman dichas malogradas!

A pesar de todo, felices Pascuas; saludo que por última vez os envía, desde este lugar, el cronista

Fordesillas

PROGRESOS CIENTÍFICOS

Nueva aplicación de la torre Eiffel. — Efectos de la electricidad en los animales. — El hombre fósil. — Moisés considerado como geólogo. — La geogenia bíblica.



o teman mis lectores que de nuevo la emprenda con la torre Eiffel; desde el momento en que fué objeto de todas las conferencias y conversaciones, no bien apareció, más ó menos modificada, en tiendas de

papel, en confiterías y hasta en verbenas populares, ha perdido gran parte de su gravedad científica, trocándose en recreo de la vista, cuando no del paladar; pero en conformidad con lo que de ella dijimos, al compararla con la de Babel, en pasadas revistas, y al anunciar progresos y comprobaciones realizadas por su medio, tócanos mencionar una aplicación reciente de la misma que abre camino para otras del mismo linaje de conocimientos.

Al observar la luz del sol con el espectroscopio, deduciendo por las rayas obtenidas la composición química de aquel gran astro, centro de nuestro sistema planetario, habíase creído al principio en la existencia del oxígeno entre sus elementos, por cuanto la *acusaba* el análisis gráfico ó coloreado, no faltó quien considerando la enorme cantidad de oxígeno de la atmósfera, expusiera dudas acerca de la verdad del hecho, manifestando que podía la raya característica depender del oxígeno del aire, que el rayo ha de atravesar forzosamente; en la imposibilidad de suprimir la atmósfera que nos rodea, ni aun el preciso tiempo de llevar á cabo el experimento, la torre Eiffel ha resuelto el problema; desde su foco luminoso se han dirigido rayos al Observatorio de Meudon, y, obtenido el espectro, se ha visto que no revelaba existencia de oxígeno, viniendo á deducir que el antes figurado dependía del gran espacio atmosférico, ya que la luz eléctrica no lo posee en sí misma.

Se han practicado recientes y curiosos experimentos en América, para averiguar los efectos que la electricidad produce en los animales.

La raza felina, que es la más nerviosa, resulta la más sensible á las corrientes eléctricas; los monos se echan á brincar, y los lobos á aullar desaforadamente; los hipopótamos, como si indicasen que no pertenecen á la época actual, no se dan por entendidos, y los elefantes experimentan, al parecer, un agradable cosquilleo, puesto que acarician con la trompa á sus guardianes, á fuer de agradecidos al placer que les proporcionan.

Ignoro si se han hecho ensayos en ranas vivas, á las que la nueva ciencia ha de estar sumamente agradecida, pues á ellas se deben los primeros asomos de lo que, en su tiempo, se llamó magnetismo, y es hoy considerado como una variante de la electricidad.

Nuevamente, tomando en ello parte activa é inteligente dos sabios catedráticos, se ha suscitado, en el Ateneo científico y literario de esta Corte, la polémica acerca del terreno, y por tanto, de la época de la aparición del hombre: mientras D. Juan Vilanova y Piera insiste en que sólo en el período cuaternario han aparecido hasta ahora pruebas de la existencia humana, sin negar que puedan hallarse en épocas anteriores, poco distintas en condiciones biológicas, el docto antropólogo Sr. Antón, fundándose en los últimos descubrimientos, afirma que los terrenos pliocenos fueron la primera sepultura de la humanidad.

Desde el momento en que la división entre las capas terciarias y las cuaternarias, llamadas homozóicas por algunos, no se presenta marcada, por no haber ocurrido entre ambas uno de esos grandes cataclismos que cambian las energías vitales, la cuestión decae en importancia, pues toma aspecto de convencionalismo científico, no siendo raro asegurar que si la geología hubiese nacido más tarde, el período postplioceno hubiera entrado en el grupo de los terciarios.

Lo que en verdad llama la atención es la existencia de una civilización relativa en los primeros tiempos, que experimenta más tarde un visible retroceso, como concordando con la caída de que la Bi-

blia nos habla; con efecto, la Edad del bronce, que indica combinación y ensayo, es anterior á la del hierro, en la evolución de los conocimientos más sencilla y primitiva, y lo que acabamos de decir de la materia ha de repetirse con respecto á la forma, hánse hallado en las cavernas restos *artísticos* (sic), como dibujos de animales, en huesos de otros, y las mismas armas y útiles primitivos son de perfección mayor que los segundos en el orden de su aparición.

A medida que los conocimientos geológicos adelantan, las concordancias entre la revelación y la ciencia se manifiestan de modo más evidente: los fósiles que, lejos de ser negados por los católicos, fueron defendidos por los frailes, debiendo citar á Moro entre los más entusiastas, han venido á confirmar las grandes verdades genesiáticas en vez de derribarlas, como pensaron los que como arma destructora los esgrimieron.

La geología no es la geometría; nos hallamos, además, respecto de ella, en la época del interrogante, no de la afirmación; es ciencia niña aun, y aunque sabido es que los niños y los locos suelen decir las verdades, de su comprensión inmadura no han de deducirse axiomas infalibles para desvirtuar lo que tiene distintos y sólidos fundamentos. «Moisés como geólogo» es el título de un estudio que he comenzado, en el cual me propongo examinar las concordancias entre sus palabras y las de la ciencia actual, tratando de demostrar que si hoy se diera encargo á un sabio de explicar á grandes rasgos la historia de la formación del mundo, advirtiéndole que su auditorio ha de estar compuesto de gente iliterata y grande amiga de síntesis sensibles á la imaginación, su relato no diferiría mucho del del historiador del pueblo judaico, á pesar de los años transcurridos y de los progresos evidentes de la ciencia.

Negad la revelación y habréis de admitir un talento sobrenatural, una adivinación de lo que yace escondido en las capas de la tierra, una clarividencia de lo que pasó en épocas en que no había ojos para ver, un avance inconcebible de la teoría de la evolución que hoy se presenta con visos de novedad, y que es á los entendimientos bien organizados la más sublime muestra de la presciencia de Dios y de su poder infinito.

Evolución es la idea que se desprende de todas las páginas bíblicas; evolución dice el Nuevo Testamento en comparanza con el Antiguo: que evolución y perfeccionamiento, cuando son regidos por mano divina, son una cosa misma, ya se consideren los días de la Biblia como días naturales, lo cual es inconcebible sin la existencia precisa del sol en los primeros, ya se estimen, según las modernas teorías, como grandes períodos por el doble sentido de la palabra hebrea: es lo cierto que Dios dispuso que hubiese sucesión en vez de instantaneidad en los orígenes del mundo, y, hasta en las regiones del espíritu, la tendencia al bien, la esperanza de otra vida más perfecta, el poder de la plegaria son razones que insisten y confirman las teorías que sustentamos.

La materia en su cero absoluto en el caos de la naturaleza, adquiriendo movimiento que podemos llamar consciente, por la dirección fija que toma bajo el soplo del Altísimo, mejorando en su estado, marcando contornos y formas, y, llegada á su plenitud, sirviendo de solaz á la humanidad, que á su vez la domina, transforma y utiliza, es el espectáculo más grandioso, y al mismo tiempo más empuñecedor de la soberbia y vanidad mundanas.

Coeli enarrant gloriam Dei, háse dicho desde antiguos tiempos ante las sorprendentes maravillas del firmamento, mas la tierra, entonces olvidada, proclama con voz más firme y segura las excelencias

del Altísimo, correspondiendo sus pruebas al utilitarismo y al método experimental hoy en boga.

La geogenia de Moisés es la que con más brillantez y verdad se ofrece entre las varias que en procesión han pasado por delante de la ciencia moderna; después de tres mil años, resulta ser la expresión más clara de las teorías fidedignas acerca de la formación del globo terráqueo, y al propio tiempo, el resumen más sucinto de los grandes fenómenos geológicos. Las transformaciones y condensaciones de la luz se hallan de mano maestra en los primeros versículos de la Biblia, y les siguen los relativos á la creación orgánica dividida en cuatro épocas sucesivas y racionales, pasando de la vida vegetativa á la de relación, preparándose por tal manera el gran advenimiento: *la aparición del hombre en la tierra*.

MELCHOR DE PALAU.

DISCURSO

DE D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO

LEÍDO EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL DÍA 8 DE DICIEMBRE DE 1889.

(Conclusión.)



SIEMPRE que se ha promulgado en España una ley de instrucción pública, y por desdicha ha sucedido con deplorable frecuencia, he buscado la cátedra, no entre los estudios elementales, sino entre los de ampliación y coronamiento de una carrera, en que se enseñe á escribir. Se estudia retórica y poética entre los niños; ¿cómo lo harán!: se explica elocuencia y oratoria entre los adultos; ¿donosos deben ser estas enseñanzas!: pero ni á los niños, ni á los adultos, ni á los doctores, se les da siquiera un curso de escribir con corrección y finura de estilo. Sucédele al arte de hablar bien para los que concluyen una carrera, lo que al valor entre ciertos militares: se les supone; mas al modo que esta suposición no suele comprobarse en el ejercicio de las armas, la otra suele no descubrirse en el ejercicio de las letras. Y cuenta, señores, con que el ejercicio á que aquí aludo no es el de los literatos solamente: el arte de escribir con propiedad y galanura es indispensable en estos tiempos, lo mismo á los que redactan las leyes que á los que las aplican, lo mismo á los ingenieros que á los médicos, lo mismo á los que han de erigirse en autoridades de cualquier orden, como á los que han de ocupar un puesto en la administración ó gobernación del Estado. Desde que los tribunales razonan sus sentencias; desde que los abogados imprimen sus informes; desde que los ingenieros y arquitectos redactan sus memorias; desde que los médicos y los químicos abren públicos palenques sobre los adelantamientos de sus ciencias; desde que la vida gubernamental y administrativa se celebra, como si dijéramos, en medio de la calle, ninguno puede librarse de la crítica general por sus dotes de dicción, ni disculpar en este punto su aptitud deficiente, con el mayor deber á que otros estudios ó meditaciones le llamaban: hoy es necesario saber escribir.

Y ya que no se estableciesen las cátedras á que aludo en la ampliación y coronamiento de las carreras literarias y científicas, ¿por qué no ha de imitarse siquiera la provechosa práctica de los Cuerpos Colegisladores? Los Cuerpos Colegisladores han tenido la modestia de fundar en su seno una comisión de *corrección de estilo*, por cuya crítica pasan las leyes para ser enmendadas ó corregidas en sus defectos de lenguaje; y eso que los Cuerpos Colegisladores están formados por las más ilustres per-

sonalidades de la nación á quienes el voto electoral aquilata y abona: ¿por qué, pues, no habían de imitarlos otras corporaciones, que también legislan, y singularmente los centros de gobierno, en los cuales continuamente se dispone muchas veces del honor y casi siempre de la fortuna de los ciudadanos?

Yo tengo afición, señores, á leer la *Gaceta*, que afición es; y no sólo en la parte de Decretos y Reales órdenes, que interesan á la generalidad, sino en muchos otros documentos de índole privada. Pues bien: ¿queréis que os diga una cosa? El mayor número de competencias que se suscitan y casi todas las alzadas contenciosas que se interponen, deben su origen á la ambigua ó malhadada expresión de los fallos que han salido de los Ministerios. No aludo al orden judicial, cuya materia de casación en pleitos y causas denuncia á cada paso la falta absoluta de propiedad en el uso de las voces y en la formación de las frases, que al caer después en el análisis de agudos letrados les permiten convertir, según repite el vulgo, lo negro en blanco y lo blanco en negro. No quiero detenerme en la crítica de los instrumentos notariales, causa perpetua de litigios, ó en las convocatorias de subastas, fuente inagotable de enredos, ó el ramo de reglamentaciones, cada uno de cuyos artículos puede interpretarse de maneras distintas, hasta el punto de que reglamento y disputa sean una misma cosa. Todo esto depende, por lo común, de creer que en los escritos basta con que se entienda el asunto á que aluden, para que quede á salvo la responsabilidad del redactor. Ni quiero, en fin, ascendiendo á otras regiones, hablar de esos déficits que se *enjugan*, de esas leyes que se *informan*, de esas órdenes que se *interesan*, de esas comisiones que *dictaminan*; vocabulario extenso de barbarismos é impropiedades, cuya trascendencia es tanto mayor, cuanto por más autorizado centro se divulgan. Y no se diga que la introducción de unas cuantas voces de procedencia extraña ó de estructura impropia es abuso insignificante contra los primores de una lengua; porque las lenguas, como todas las cosas corruptibles, principian con un grano y acaban en podredumbre.

Reclamo, pues, desde este sitio, no para hoy, sino para cuando las circunstancias lo permitan, la creación de cátedras, siquiera en los estudios de ampliación ó del doctorado, donde se curse el arte de escribir en la forma que la época actual exige; así como reclamo de los centros del Gobierno y de la Justicia que, imitando la docilidad de los Cuerpos Colegisladores, acepten de peritos lingüistas la corrección y pulimento de su estilo, ni más ni menos que aceptan de escribientes idóneos la estampación en letra clara y gallarda de los decretos y leyes que con torpe carácter de letra salen de su mano.

¿Cuál debe ser la fórmula de ese arte? Voy á decirlo.

Existe una fábula de Esopo, apenas repetida, por su carácter especial, que viene al caso como de molde. Se titula *El Poder de las Fábulas*. Refiérese á un orador griego que en la plaza de Atenas se esforzaba por hacerse oír de sus conciudadanos sin conseguirlo. Las conversaciones y murmullos de desatención molestaban su ánimo, cuando de repente se para y variando de tono dice: — «Cierta día caminaba Ceres acompañada de una anguila y una golondrina.» — El silencio se restableció por encanto. — «Juntas llegaron (prosiguió) á la orilla de un río, y mientras la anguila lo pasaba á nado, la golondrina lo atravesaba al vuelo.» — El orador continuó después las cláusulas de su primitiva arenga, como si nada hubiese intercalado; pero el pueblo gritó: «¿Y Ceres? ¿qué hizo Ceres? — Ceres (repuso gravemente el filósofo) se quedó á la orilla aguardando á que le prestaran atención á lo mucho importante que tenía que decir.»

He aquí un apólogo que desde la época griega nos indica la forma de la amenidad como elemento necesario en toda obra literaria, y como instrumento decisivo para atraer ó despertar el interés público. Cuando oyentes y lectores se cansan de una audición ó de una lectura, es que lo grave del asunto y lo seco del estilo embotan la sensibilidad perceptiva de los que escuchan. Ese buen libro que no se lee ó ese sabio discurso que no se oye, asegurado desde luego, abundan en toda clase de condiciones científicas, pero carecen en absoluto de amenas formas; y las formas amenas, si fueron en lo antiguo un recurso retórico digno de consejo, son al presente una fuerza dialéctica de que no se puede prescindir.

Aun hace poco tiempo que el idioma de los escritores literarios tenía que ser diverso del idioma común. Unas veces, la grandilocuencia y extravagancia de las frases constituían el primor de la forma; otras, el sentimentalismo y la taciturnidad, si así puede decirse, eran tema obligado para el desarrollo de la literatura, como si sólo con estos elementos se conquistasen las simpatías del público; después, fueron locuciones de horror y cláusulas terribles las que escoltaban, no ya las grandes, sino las más sencillas ideas; y de período en período, variando el género, aun cuando no la índole del sistema, siempre resultaba un idioma literario distinto del idioma vulgar. Este idioma literario, trasunto del de los pueblos orientales, en que conociendo la lengua no se entendía el libro, es ya impropio de la época presente. Hoy se exige del escritor, como recomendaba un preceptista, que hable para los demás, no para él, y eso que se llama estilo, cuando se aparta de la claridad y comprensión pública, no es estilo, sino amaneramiento. Hemos llegado á la época en que la literatura debe hablar como las gentes, esto es, con arreglo á las prácticas del uso común y constante; lo cual nos lleva, sin desearlo, á la candente cuestión del naturalismo.

No esperéis que me engolfe en ella, aun cuando parece que la busco con mis palabras. La escuela naturalista actual, que en mi sentir no es tal escuela, sino arte de distinguirse de los otros y reclamo para adquirir lectores, será más ó menos filosófica en sus principios, pero es detestable y malhadada en sus formas de exhibición. No contenta con descender al fango de las ideas, desciende muchas veces al fango de las palabras, olvidándose de que así como el uso común y constante de los gramáticos es el uso común y constante de los doctos, no de los simples, la naturalidad que se exige hoy no es la del vulgo grosero y mal hablado, sino la naturalidad de las personas distinguidas y nobles.

Va sucediendo con los libros naturalistas lo que con ciertas causas criminales: que hay que leerlos á puerta cerrada. Los que los escriben, en ese idioma de libertad que sin duda no aceptan para su trato íntimo, olvidan que hay hijas, que hay esposas, que hay madres, y que aun en nuestro propio sexo hay gran número de hombres que se resisten á la procaacidad y grosería de la palabra impresa. Aceptando el erróneo principio de que todos somos unos y de que todos viven en el conocimiento del bien y del mal, hablan como hablarían en el café, como hablarían en el club, como el médico habla en el anfiteatro, como el jurisconsulto discurre cuando escapela el crimen, como el teólogo analiza cuando ahonda en los misterios de la conciencia humana. Suelen decir los autores de estos libros, que no se les lea sino por aquellos que puedan comprenderles; pero ¿en qué quedamos? Si en nombre de la libertad del libro aspiráis á la generalización de la lectura, y en nombre de la generalización de la lectura adoptáis el lenguaje naturalista, ¿que distinción es esa entre los que deben ó no deben leer, ni quién es el contraste que ha de poner el sello para marcar lo fino

ó para advertir lo falso? Además, vosotros no ignoráis que la prohibición aviva el deseo, y hay quien sospecha que, al valeros del lenguaje inculto y descarnado, colocáis vuestras obras fuera del dominio de la honestidad para que invadan el terreno de la inexperiencia, esto es, para asegurarlos el concurso de la muchedumbre.

No nos arguyáis diciendo que en la historia de la literatura existen ejemplos repetidos de libertad y desnudez de lenguaje; porque la crítica os responde que en esas épocas era punto menos que inocente mucho de lo que ahora parece maligno, y porque esos desenfadados se deslizaban por la superficie de lo cómico, sin trascender como los vuestros al fondo de todas las ideas y al corazón de todos los asuntos. Si nuestros abuelos comían los manjares salpimentados y nuestros padres les echaban un poco de mostaza, nosotros principiamos á usar pimienta de Cayena, y los que vienen detrás quieren aderezarlos con pólvora ó dinamita, progresión, señores, en que la literatura no puede menos de estallar. Y estalla, efectivamente: observadlo en los escritos más notables de la escuela. Esos preclaros ingenios, que preclaros los hay entre la turba indocta de sus secuaces, después de escribir su libro con pureza á veces admirable, mojan la brocha en el muladar y la sacuden sobre las cuartillas, sobrepujando al célebre pintor flamenco en la manera de poner su firma en los bodegones.

Existe, á la verdad, algo de manía, algo de moda, y hasta quizá algo de insuficiencia literaria en semejante método de escribir. — Yo comparo la crudeza del lenguaje en literatura al chafarrinón en la pintura. Esos llamados efectistas que envuelven un asunto en masas de color y velan un contorno con escarificaciones de estilete, juzgando que van á un nuevo arte ó cuando menos que progresan en el arte actual, proceden de este modo porque no dibujan. Perfilasen sus cuadros como la naturaleza los brinda, embelleciéndolos con ingeniosas combinaciones y delicados matices, que todos los efectos imaginables saldrían á luz, como salieron en las obras de los grandes pintores á quienes desdeñan. — Una cosa análoga acontece con los desvergonzados de la literatura. A falta de gracia para concebir, de malicia para expresar, de picaresco ingenio para tejer ásperas ideas con urdimbre suave y de donosas tintas, acuden al repertorio de la plebe en busca de conceptos atrevidos y de palabras torpes, excusándose con que sorprenden al natural, como si ese natural no estuviese reprobado por la propia naturaleza. Escriben á chafarrinón y con brocha, en vez de hacerlo á punta de pincel y con pluma; prescinden de la ley del chiste, que cabalmente estriba en que los naturalismos de la esencia se velen con las ficciones de la forma, y cuando creen ser los progresistas del lenguaje, no son sino los nihilistas del decoro.

Pasemos por alto esta moderna plaga literaria, que en mi sentir ha de ser breve, y volvamos al punto en que nos ofrecía ancho campo de observación el apólogo griego. — Indicaba al recordarlo que era casi instintivo en la humanidad el interés por la forma amena, y para fortalecer mi tesis voy á permitirme haceros una pregunta. ¿No habéis reparado, señores, en el afán constante de los niños porque les cuenten cuentos? Los niños, esos gramáticos de intuición, que corrigen en las lenguas las irregularidades de los verbos, y que al decir en nuestro idioma *no lo sabo* y *yo me lo poniera*, denuncian las imperfecciones del lenguaje que nosotros los académicos no podemos enmendar; esos seres, cuya exactitud de juicio les impide incurrir en los defectos del habla que sus propios padres cometen, abren la boca y fijan sus sentidos en el relato de la abuela ó de la nodriza desde que éste se pronuncia en el cadencioso tono de la amenidad. Ellos apenas comprenden el valor de las palabras que se les dicen, ni el alcance

de las ideas que se les exponen, pero les basta la música de la narración y el atractivo natural del apólogo para darse por satisfechos en el goce de su inteligencia y por templados en la inquietud de su infantil aturdimiento.

No tachéis de pequeña esta observación por referirse á seres pequeñuelos y faltos de común sentido; pues voy á elevarla en seguida á los seres grandes en quienes reside el atributo de infalibilidad que el mundo ha concedido siempre á la multitud. Asistid á uno de esos conciertos en que se ejecutan las más selectas obras musicales, y ved que la concurrencia, cuyo mayor número ignora el alfabeto, el vocabulario y la gramática de ese lengua divina, que hablan y entienden á la vez los hombres y los pájaros, se decide, á pesar de todo, por un autor, por una pieza sobre otra pieza y por un tiempo sobre otro tiempo, con predilección indocta, pero con predilección que sancionan después la crítica y la ciencia del contrapunto. ¿Qué períodos son esos para los cuales es unánime el favor de las gentes? Los adagios, señores, que por casualidad hasta se llaman *adagios*, y entiéndase como se quiera la voz; esos períodos en que la placidez de la melodía, la lentitud del ritmo, la claridad de las frases y la dulzura de los conceptos bastan para atraer al oyente y enajenarlo, como lo atraen y lo enajenan las condiciones ordinarias de todo apólogo. Asistid á la audición de la palabra sagrada en el recinto del templo, y ved que la concurrencia, cuyo mayor número ignora los textos que se le citan, las profundidades teológicas á que se le conduce, y por lo común cuanto de sublime encierra el discurso del orador, prefiere, sin embargo, éste á aquél, tal pasaje á tal otro, como severo crítico que comprendiera lo que en último término preconizan y aplauden los sabios preceptores de la Cátedra Santa. ¿Qué predicador es ese? El que desde la altura del tema más abstracto desciende á la demostración sencilla con símiles palpables ó aclaraciones ingeniosas, de que todos los entendimientos se dan cuenta; el que es armónico en su entonación, natural en sus accidentes, pintoresco en su estilo y agraciado en su frase; el que se expresa, en fin, como Jesucristo se expresaba ante los Apóstoles, con la avasalladora elocuencia de la parábola.

Estas verdades que no invento, sino que deduzco de hechos generales que saltan á la vista, obtienen un resultado práctico en la época presente, y no sólo con relación á la bella literatura, como voy á exponer. La mayor parte del daño que están ocasionando ciertos filósofos en las imaginaciones vulgares, ó, mejor dicho, entre el vulgo de las personas ilustradas, que tan grande va siendo, proviene de las dotes de estilo con que amenizan esos autores sus discursos. Hoy puede decirse que todo lo trascendental y grave que se publica con perjuicio de la razón, debe en definitiva su influencia á la brillantez y galanura de la forma. Se novelan los orígenes históricos, se novelan las revelaciones religiosas, se novela la moral, la creación, hasta la alteza del hombre; y de esas medio verdades, amasadas con el arte del bien decir, brotan unos libros que, si en los entendimientos elevados hacen poca ó ninguna mella, la producen fatal en los espíritus endebles ó de somera cultura. Pues bien: los contradictores de esa teoría no usan las mismas armas. Juzgando de secundario interés el cultivo de la forma en la labor científica, é impropio de ciertas materias el empleo de la belleza literaria, adoptan un tono doctoral y una rigidez de estilo que producen el cansancio, cuando no el abandono de los lectores; y van derechamente, y sin quererlo, al triunfo del error sobre la verdad, de la paradoja sobre la ciencia, de lo agradable sobre lo fastidioso. En la guerra de las ideas, que no eso sino un remedo de la guerra de los individuos, debe estudiarse ante todo el arsenal de los contrarios, y no pretender la vic-

toria del arcabuz contra el fusil-revólver, ni empeñarse en deshacer el torreón blindado de nuestros días con la débil catapultilla de las edades pasadas.

Otra de las reglas, por último, que el escritor literario moderno debe observar en sus composiciones, es la que yo llamaré *economía del escrito*. Se acabaron las obras de cuatro tomos, es decir, no pueden ya tolerarse la digresión y amplificación de otros tiempos. El hombre de actualidad tiene mucho que leer, y necesita hacerlo de prisa: si le dais materia larga, os abandona casi tanto como si le dais estilo fastidioso ó lenguaje obscuro. Aquellos moldes en que la cabeza superaba al cuerpo de la figura, y en que no se entraba en el asunto hasta haber desesperado al lector, hay que sustituirlos por moldes nuevos, donde el asunto se destaque sobre las generalizaciones y adornos. El artículo como el discurso, el folleto como el libro, deben principiar ahora por donde se ofrece en la portada, esto es, satisfaciendo las necesidades del que escucha ó lee; lo cual no obsta para que todos los antecedentes que se quieran invocar y los datos de erudición que convenga aducir hallen cabida en el desarrollo del escrito, alternando con la materia que le sirva de fundamento. Lo oportuno es entrar pronto en materia. ¿No recordáis esas frases comunes de «llegamos tarde al punto que nos proponíamos tratar», ó «nos hemos detenido demasiado en estas consideraciones», ó «un tomo se necesitaría para exponer nuestra tesis»? Pues hay que concluir con esas fórmulas y sus naturales consecuencias, porque cuando el autor se figura que está pesado, ¿qué han de figurarse los pobres de los lectores? No se necesitan volúmenes para exponer las ideas; lo que se necesita es arte para condensar y agrupar los pensamientos.

Una prueba de que la época presente es época de lecturas cortas, está en el método con que esas lecturas se verifican. Tómase un libro, y después de consultar el proemio, se recorre el índice: en él se buscan el capítulo ó capítulos donde se hallan las ideas especiales del autor, prescindiendo de la envoltura con que las ha vestido, porque se presuponen los escauceos á Babilonia y Asiria, á Grecia y Roma, á la Edad Media y el Renacimiento, ó á otros lugares comunes de los que ofrece el asunto de toda obra, lo cual da origen á una concentración que, á modo del extracto de las medicinas y del extracto de los alimentos, hoy en uso, proporcione tomar el extracto de las lecturas. Pues bueno: todo lo que suprime el lector porque lo sospecha ó lo sabe, debe suprimirlo el autor para ser leído; y si en algunas materias no puede adoptarse rigurosamente este método, porque el artificio de la obra reclama un desarrollo adecuado á su índole, siempre será un buen consejo que en el curso de ella predomine el interés sobre la ornamentación, y la economía sobre el derroche.

Reduciendo, pues, á una síntesis completa lo consignado anteriormente, se deduce en substancia: que para ejercer presión eficaz sobre los espíritus sagaces de nuestro tiempo, se necesita escribir corto, escribir claro y escribir culto.

Voy á concluir, señores, y voy á hacerlo con una declaración. De lo que va dicho hasta ahora no debe colegirse que yo proclamo la dictadura del deleite, ni menos que desdeño la sublime elocuencia de la gravedad. Lo que hago es reconocer mi época y deducir las lecciones que de ese reconocimiento se desprenden. Yo oigo decir por todas partes, cuando á la literatura dramática se alude, que el teatro es para recrearse, no para padecer; yo observo que los coleccionistas de pinturas prefieren el cuadro de género, ó en que se adorne el asunto, á la obra severa del gran arte; que en escultura se encomia y paga la estatuita picaresca sobre las Ve-

nus y los Apolos del gran tiempo; que en música se acoge lo claro y melodioso con predilección visible sobre lo profundo; y ascendiendo en el orden de las ideas, reparo que el antiguo sermón se convierte en plática, que el discurso científico toma la forma de conferencia, que la enseñanza de la niñez trueca la pedagogía desabrida por el plácido recreo que nutre con donaire el alma del adolescente; descubro, en suma, una propensión tan general á lo que pudiera llamarse positivo, que no sé si nadie puede pensar en rechazarla.

Ahora bien: yo no soy de los que creen que cuando la multitud sigue un sistema, este sistema sea el mejor, ni haya de conllevarse por debilidad; pero tampoco soy de los que se imaginan que es cuerdo resistir el embate de las ideas artístico-literarias, cuando éstas obtienen la acogida y el aplauso del mayor número. Juzgo acertada una transacción que nos coloque en el justo medio. Si el público se muestra poco apegado á lo grave y se inclina á lo frívolo, procedamos como la farmacopea moderna procede con los medicamentos de mal tomar, ó sea deslizando la substancia que repugna en el envoltorio de una cápsula azucarada. Todo podrá decirse así, aun cuando el estilo no sea clásico, ni romántico, ni sentimental, ni grandilocuente, ni tenga nombre: será un estilo ecléctico, como eclécticas van siendo las letras y las artes contemporáneas; estilo que en el caso presente, y para condensar en una frase mi tema, se explique de este modo: — ¿Queréis escribir bien? — Pues sed amenos. — HE DICHO.

COSAS DE NOCHE BUENA

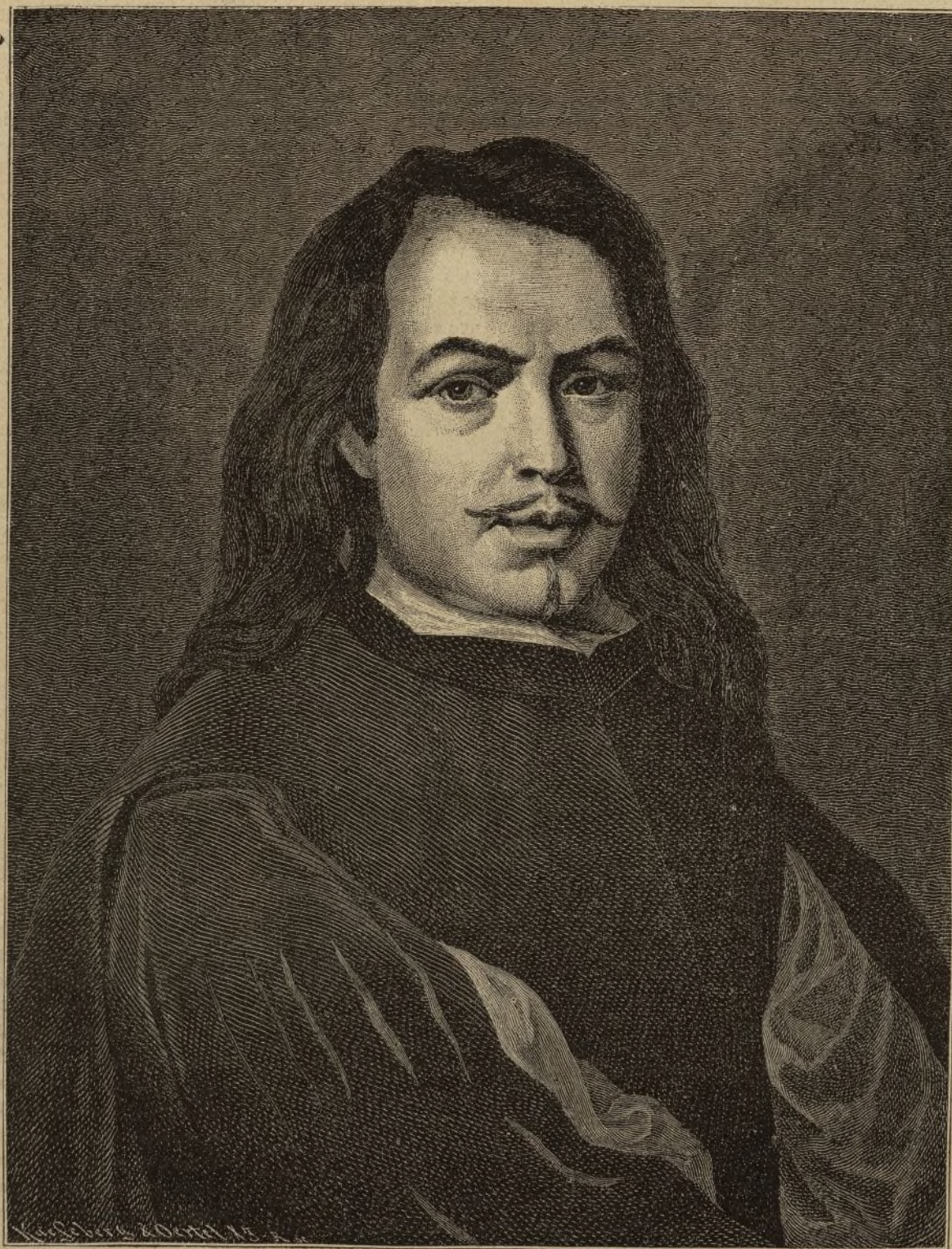
(CROMOS Y VIÑETAS)



La familia de Mejorano no iba nunca al café, excepto en estos días anteriores á Navidad en que mamá y las niñas concurrían todas las noches al de San Antonio y el Sr. de Mejorano al de Varela, consumiendo el papá su media copita de ron y marrasquino, y entre la mamá y las niñas un vaso de café con leche. Así lograban unas y otro fama de parroquianos en los respectivos establecimientos, y con la fama lo que á ellos importaba más, que eran dos papeletas de horchata de almendras, primer plato indispensable de su colación de Noche buena. Tenía que oír cómo se reían celebrando su propio maquiavelismo el Sr. de Mejorano, su consorte y hasta las niñas; y cómo se figuraban que habían engañado á los dos camareros sacándoles sendas papeletas por media docena de miserables servicios. «No hay que darle vueltas, decía el Sr. de Mejorano en el colmo de la *bonhomie*, esta es una estafita que no nos perdonará Dios.» Y creían los muy infelizotes que habían probado la fruta del cercado ajeno, cuando con un solo servicio de los que habían consumido en el café, tenían superabundantemente pagado el regalo de la leche de almendras.

* *

Las representaciones escénicas de la Navidad que hoy escandalizan á muchas personas piadosas son, sin embargo, muy antiguas, y en otras épocas, más cristianas por cierto que la presente, no sólo la Navidad, sino todos los Misterios de la Redención del género humano eran objeto de *farsas* ó representaciones populares. Ese fué el origen de los famosos *Autos sacramentales* que en el siglo de oro de nuestra literatura dramática llegaron á tan alto grado de perfección. Hoy, todavía, en Valencia se representan todos los años, la víspera y el día de San Vicente Ferrer, los *milagros* de este santo que son verdaderos autos, no sacramentales, sino biográficos ó panegíricos.



BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO

En Cádiz data de principios del siglo, de la época en que busca Javier de Burgos los asuntos para sus sainetes, la representación de los misterios de Navidad por medio de toscos muñecos de tamaño casi natural, muy conocidos y apreciados por todos los que han tenido la fortuna de ser chiquillos en Cádiz durante este siglo. Concluida la representación sacra, tiene lugar la de un sainete titulado *La Tía Norica*, y cuyo argumento se reduce á que una vieja campesina (la tía Norica) tiene que hacer un viaje, y cuando va por el campo encuentran ella y su nieto *Batillo*, que la acompaña, un toro; el animal revuelca á la tía Norica hasta las bambalinas con gran regocijo y aplauso del público infantil que llena el teatro. La tía Norica es recogida por unos pastores, y llevada á su casa, en donde como está en trance de muerte, tiene que hacer testamento. Entonces aparece el escribano, *D. Tibi-Curci*, corrupción sin duda de los *Curcios* de las farsas italianas. En Cádiz, por mor de la pronunciación, no se dice *D. Tibi-Curci*, sino *D. Tibi-Cursi* ó *D. Tibi-Curssi*,

con s doble ó muy silbada. Y como quiera que el escribano de la tía Norica es un tipo de frac muy ajustado, corbata pretenciosa y sombrero de copa de moda pasada, un tipo, en suma, de los que quieren ser elegantísimos y no atinan ó no pueden serlo, vino de ahí que á todos los de la misma laya se les empezó á llamar en Cádiz *Tibi-cursis*, y luego sólo *cursis*; palabra que hizo en breve tiempo tanta fortuna que dió la vuelta á toda España, y aun ha invadido la América latina, y la Academia Española, acomodándose al uso general, como es de ley en su instituto, no ha tenido más remedio que acogerla en su diccionario como neologismo legítimo. Muy bien ha hecho en esto la Academia, mejor que en derivar de *cursi*, *cursería* y no *cursilería* como parece más propio de la índole de nuestra lengua y más conforme al uso vulgar del vocablo.

* *

Y dejémonos de filosofías lingüísticas que para todo está la noche, menos para esto.

Es imposible conciliar el sueño, las pandillas alegres recorren sin cansarse las calles de Madrid. Sube desde abajo el estruendo de guitarras, de tambores, de voces humanas enronquecidas, de gritos salvajes, de cantares delicados y de cantares obscenos, una confusión de confusiones, el *folk-lore* en acción; la orgía ambulante, la masa anónima, el pueblo con su grandeza de conjunto y con toda la barbarie de sus pormenores; el pueblo que es tempestad y céfiro, drama é idilio, tragedia y sainete, poder y servidumbre, que lo es todo y que no es nada....

¡Ah! Es agradable oírlo desde la cama, muy abrigadito, pensando que hace mucho frío de cristales afuera, y que los que pasan no sienten el frío, porque llevan en el estómago la mejor de las estufas conocidas, que es precisamente el mismo estómago cuando se le echa en abundancia combustible de carne y de vino....

Mañana, si salimos temprano, encontraremos en las esquinas botellas rotas, papeles y otras cosas



ADORACIÓN DE LOS REYES MAGOS, CUADRO ATRIBUÍDO A MURILLO.

que yo no puedo ni citar siquiera, porque no soy naturalista.....

* *

Me deleito extraordinariamente pensando que en estos mismos momentos muchos miles de niños estarán soñando con los pastores que, hace mil ochocientos ochenta y nueve años, iban á Belén á ofrecer sus rústicos presentes al Niño Dios; con la mula y el buey que calentaban la cuna que, hasta el nacimiento del Redentor de los hombres, fué pesebre, y desde el nacimiento es altar; con las barbas blancas de San José y con la bondadosa mirada de María, y unidas á estas imágenes sacras, con esa ilógica de los niños, que es la lógica suprema de la vida, las imágenes de la fiesta casera: el pavo, que, atado por las patas en un rincón de la cocina, espera con cierta estoica resignación, la hora del sacrificio; y las cajillas de mazapán, turrón y guirlache que papá compró ayer, y que, encerradas ahora en la despensa, aparecerán mañana, á los postres, en la comida pascual, cuando se destapa, en medio del general silencio, la tradicional botella de Curaçao, y el viejo tío solterón, el que no tiene casa ni familia, pronuncia, con voz casi entrecortada por los sollozos, las palabras, ya también tradicionales: *Señores, que nos reunamos muchos años.....* Todo esto lo ven los niños sobre el alegre fondo color de rosa que tapiza el interior de sus fantasías, y por vez primera, sobre la muchedumbre de sus impresiones, comprenden algo de esta monótona síntesis de la vida que ahora se les ofrece desde su aspecto más risueño y tentador.....

* *

¡Pobrecitos niños para los que no hay pavo en la cocina, ni guirlache, turrón ni almendras en las despensas, ni quizás bondadosos padres, ni aun tío solterón que venga á casa con las faltriqueras del gabán cargadas de golosinas! ¡Pobrecitos niños para los que el erial de la vida no guarda siquiera el oasis de Noche buena!

* *

Era costumbre antigua en España que las señoras y señoritas pudientes fabricasen, con sus propias delicadísimas manos, *canastillas* para el Niño Dios. Las canastillas eran suertes de ropa blanca, que luego se repartían entre los pobres, prefiriéndose naturalmente las familias en que había niños.

¡Oh costumbres poéticas y cristianas de nuestros padres! ¿á dónde sois idas?

* *

Los modernos madrileños suelen festejar la Noche buena en el café y en el teatro. Es un signo de los tiempos. Porque lo que dice el Sr. de Mejorano: *En casa se aburre uno, y en el teatro se divierte.* ¡Pobres los que se aburren en su casa! Para ellos no se hizo la Noche buena.

ANGEL SALCEDO RUIZ.

EL CIELO

Corazón, detén el grito que ya frenético exhalas, queriendo tender tus alas al mundo del infinito. La ansiedad en que me agito no puede ahogar tu clamor, y pretendes, volador, subir con afán profundo al cielo, dosel del mundo y pedestal del Señor.

Huracán, que el hondo seno turbas de la mar hirviente, cuando al relámpago ardiente arrancas la voz del trueno. Si ya de furores lleno á los espacios te entregas y el raudal vuelo despliegas por la gigante extensión,

préstale á mi corazón el soplo con que navegas.

El cielo; no hay un pesar, ni una lágrima escondida, ni un suspiro, ni una herida que no la pueda endulzar. De la existencia en el mar no hay amargo desconsuelo; no hay delirio ni desvelo, pena ni dolor profundo que no se calme en el mundo cuando se contempla el cielo.

Allí el lejano confín que la eternidad pregonas; allí el sol como corona de tan inmenso jardín; allí el piélago sin fin, sin olas y sin orilla; allí el Dios que al orbe humilla, el que al Universo asombra, y aquí, en el mundo, la sombra de lo que tan alto brilla.

Allí el iris fulguroso su regia banda extendiendo; allí los astros siguiendo su curso maravilloso. Luna y sol esplendoroso, allí brillando los dos; allí del Eterno en pos, el alma que aquí es esclava; aquí lo que en polvo acaba, y allí lo que empieza en Dios.

Cuando entre la densa bruma brilla el relámpago ardiente, y el buque en la mar rugiente salta como débil pluma; cuando en montañas de espuma ruedan olas á millares, del cielo allá en los altares arco hermoso se divisa, y el iris es la sonrisa con que Dios calma los mares.

Cuando en la noche sombría, sin luces y sin rumores, entre secretos amores el corazón se extasia; cuando el amor nos envía penas que al alma devoran; cuando los creyentes lloran en éxtasis celestial, la luna es blanco fanal de las almas que le adoran.

Cuando sus rayos dilata aquella luna en las sombras y del cielo las alfombras pinta como sol de plata; cuando el espacio retrata de los astros el tesoro, y las estrellas en coro bordan de la esfera el tul, el cielo es un campo azul que adornan flores de oro.

Cielo, donde el sol triunfante, rompiendo densas neblinas, con sus hebras diamantinas forma guirnalda brillante; la tierra, la mar gigante, te admiran siempre los dos; y los querubes, en pos de esa inmensidad que asombra, te esparcieron como alfombra de los jardines de Dios.

Si cual águila caudal que lanza intrépida el vuelo, subiera el alma en su anhelo á la mansión celestial; si á esa bóveda inmortal alzara el vuelo fecundo, en su anhelo sin segundo, viera en el azul palacio un dosel en el espacio y un pedestal en el mundo.

ANTONIO FERNÁNDEZ GRILO.

MURILLO



ARTOLOMÉ Esteban Murillo, hijo de Gaspar y de María Pérez, nació en Sevilla en 1.º de Enero de 1608.

Desde muy niño dió grandes muestras de su inclinación á la pintura, habiendo recibido

las primeras lecciones de su pariente Juan del Castillo, y al paso que se perfeccionó en el diseño aprendió el colorido de su maestro, que participaba algo de la escuela florentina. Al cabo de algún tiempo, establecido Castillo en Cádiz, principió Bartolomé á pintar por sí sólo para la feria, todo cuanto le encargaban los traficantes en pinturas; de este modo adquirió práctica y un colorido más suave, aunque algo amanerado, como demuestran algunos cuadros que existen en Sevilla, de los que pintó en aquella época.

En 1632 conoció á Moya al paso por aquella ciudad de regreso á Londres; se enamoró de sus obras y tuvo deseo de imitarlas. Quiso visitar á Londres con objeto de conocer á Vandik, pero la muerte de este pintor malogró su tentativa; tampoco pudo pasar á Italia por falta de medios, y entonces compró un gran pedazo de lienzo, lo dividió en cuadros, pintó en ellos asuntos de devoción, y con el producto partió para Madrid en 1643, y se presentó á su paisano Diego Velázquez, conocido ya por sus excelentes pinturas.

Este profesor proporcionó á Murillo copia de todos los cuadros que quiso, de la colección del Rey, en sus palacios y en el monasterio del Escorial, y al cabo de dos años de útiles tareas, se perfeccionó en el arte que desde entonces le dió gran fama.

Regresado á Sevilla en 1645, principió á pintar en el claustro chico del convento de San Francisco, y estas primeras obras le dieron reputación que en breve obscureció, hasta cierto punto, el mérito de los demás pintores. Manifestada su habilidad salió de la indigencia y casó con doña Beatriz de Cabrera y Sotomayor, nacida en la villa de Pilas. Ejecutó muchas obras públicas y particulares, y en todas ellas sobresalía el buen gusto que tanto le distinguió.

En 1659 pintó el célebre cuadro de San Antonio de Padua, venerado en el altar del baptisterio de la catedral de Sevilla, que últimamente fué robado, restituído y restaurado por el insigne artista D. Salvador Martínez Cubells; obra por la cual dió el Cabildo á Murillo la suma de 10.000 reales. De igual mérito se consideran los cuatro medios puntos de la iglesia de Santa María la Blanca, pinturas llenas de expresión y de verdad. Por los años de 1667-1668 dirigió el dorado de la sala capitular de aquella santa iglesia, retocó los jeroglíficos de Pablo de Céspedes, que se hallaban en muy mal estado, y pintó al óleo, en los ocho ángulos de la misma sala, los retratos de los santos Arzobispos que se sucedieron en la Diócesis; las imágenes de San Hermenegildo y San Fernando, y de las Santas Justa y Rufina, de medio cuerpo, y en el testero principal una hermosísima Concepción de cuerpo entero. Desde 1670 fueron apareciendo las obras que le dieron más renombre. En 1674 acabó los ocho grandes lienzos colocados en el Hospital de San Jorge, llamado de la Caridad: los seis mayores representan pasajes de la Sagrada Escritura alusivos á las obras de misericordia, y los restantes á San Juan de Dios cargado con un pobre y un ángel que le alivia el peso, y á Santa Isabel de Hungría, curando á los leprosos, joyas que posee la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Estos cuadros le valieron 78.115 reales, suma increíble en aquellos tiempos.

Pintó después otras varias obras, sobresaliendo una Concepción, en la iglesia de Venerables, el mejor testimonio acaso que tenemos de la buena práctica de Murillo, de su inteligencia en la contraposición de las luces y efecto del tono. En opinión de Cean Bermúdez ésta es la mejor obra de Murillo. Palomino dice que también fué excelente en los retratos. Era ya harto conocido en Sevilla cuando pasó á Cádiz á pintar el cuadro grande de los desposorios de Santa Catalina para el altar mayor de los Capuchinos; tenía la obra adelantada; mas por desgracia,

cayó de un andamio, sobreviniéndole grave enfermedad, que le obligó á regresar á Sevilla, donde pasó el resto de sus días.

Cuentan que Murillo pasaba muchos ratos en oración ante el famoso *Descendimiento* de Pedro de Campana, uno de los principales adornos de la parroquial iglesia de Santa Cruz, y que llegada un día, la hora de cerrar las puertas, preguntó el sacristán por qué se detenía tanto tiempo en aquella capilla, á lo que Murillo respondió: «Estoy esperando que estos santos varones acaben de bajar al Señor de la Cruz.»

Su enfermedad hizo desgraciadamente rápidos progresos, y el día 3 de Abril de 1682 espiró en brazos de su amigo y discípulo D. Pedro Núñez de Villavicencio; su cuerpo fué depositado en la bóveda de la capilla donde se hallaba el citado *Descendimiento*. De su matrimonio con Doña Beatriz dejó dos hijos y una hija: D. Gabriel, ausente en América; Don Gaspar, clérigo de menores, y Doña Francisca, que había profesado ocho años antes en el monasterio de la Madre de Dios de la misma ciudad. A los dos primeros les declaró herederos de sus bienes.

Murillo reunía á su inspiración y corrección artística, carácter bondadosísimo. Sevilla le debió el establecimiento de una escuela de dibujo; fué su primer director é introdujo el estudio del modelo vivo y del desnudo del hombre, poniendo la actitud y explicando sus proporciones y anatomía. Fundó la escuela sevillana, estilo de dulzura y suavidad que le caracteriza entre los primeros naturalistas; que le distingue en el mundo del arte, por un acorde general de tintas y de colores y por otras circunstancias propias de su genio que abarcó todos los géneros. Pocos le igualaron en las flores, y en las naves solamente le excedió Juan de Marinas.

Juzgando al colorista portentoso, al intérprete de la belleza y de la vida, se ha dicho que para pintar sus carnes, empleaba leche, sangre y rosas. Su modo especial, completamente suyo, de concebir é idealizar vírgenes, ángeles y santos, rodeándoles de gloriosa aureola, y envolviéndolos en nimbos de vivificante luz, justifica el dictado con que es conocido de pintor del cielo. Sus obras se cuentan por cientos, en su mayor parte de asunto místico, diseminadas por el globo: de ellas contienen tesoros los templos de Sevilla y del resto de Andalucía, y las hay abundantes en el Museo del Prado, Academia, Palacio Real, iglesias de Madrid y San Ildefonso; Londres, París, Nápoles y Amsterdam. Su timbre de mayor realce será siempre haberse inspirado como nadie, en la reproducción de la Virgen Inmaculada. Murillo tiene estatuas en Sevilla y Madrid, esta última arrinconada entre el Museo y el Botánico, que exige mejor emplazamiento ya que le ha habido en lugar preferente, para las figuras históricas que ciñen espada.

El grabado *Adoración de los Reyes Magos*, que va en este número, es copia, al parecer no muy perfecta, de un cuadro atribuido á Murillo entre los que pintó en San Francisco de Sevilla para uno de los Conventos de la misma Orden en Nueva España, y rescatado de un desván, donde yacía olvidado, por un miembro de la Comisión representativa del Uruguay en la Exposición de Barcelona, donde el cuadro figuró. ¿Será efectivamente un original de nuestro célebre artista?

FLORIÁN.

EL MULATO DE MURILLO

I



RA una mañana de Junio, en 1658. Sevilla estaba entregada al descanso, cuando varios jóvenes llamaban á una casa inmediata al convento de Capuchinos. Un viejo negro abrió la puerta y penetraron, diciendo casi todos á un tiempo:

— Buenos días, Gómez, ¿se ha levantado el maestro?

Con voz gutural contestó el negro:

— Todavía no, señoritos.

— ¡Qué desarreglado está esto! — observaron ya en el salón de trabajo y acercándose á sus caballetes.

— ¡Por Santiago! — dijo Suárez, que había abierto su caja y sacado la paleta. — ¿Quién de ustedes salió el último ayer?

Gómez murmuró:

— Está visto que el duende ha vuelto.

— ¡El duende! — replicó Suárez encolerizado. — Si yo pudiera atraparle. Es una broma muy pesada la que se gasta conmigo, que siempre soy el más cuidadoso en limpiar mi paleta. Mis pinceles también están sucios como si acabaran de servirme.

— Vean ustedes — dijo otro — una cabeza que han metido en un rincón de mi lienzo.

— Ese es el retrato del Canónigo D. Diego — replicó Córdoba. — Mírenlo ustedes bien.

— Si el duende es el que hace estas cabezas que encontramos en los cuadros — dijo Villavicencio — bien podía haber pintado la cabeza de la Virgen en mi *Descendimiento de la Cruz*, ya que yo no puedo conseguir darle la expresión que debe tener, y al cabo de ocho días no hago más que hacer y deshacer.

Al decir esto se acercó á su caballete, y dió un grito. Acercáronse todos y quedaron silenciosos y admirados.

En la pintura de Villavicencio, donde la tarde anterior había borrado el joven discípulo su cabeza de la Virgen, se había bosquejado otra: su expresión llena de amor, era tan casta, el contorno de pureza tal, y el colorido tan suave, que esta cabeza descomponía el cuadro á causa de su superioridad sobre las otras figuras.

— ¡Qué cosa tan hermosa! — exclamaron los jóvenes.

— No sé — dijo Suárez — quién pueda haber pintado esta cabeza, á no ser Gaspar.

— ¿Quién habla de Gaspar? — dijo en tono alegre un joven de diez y seis años que entraba en el salón, acompañado de un hombre como de cuarenta años, á quien los discípulos saludaron llamándole Méndez.

— ¡Qué reservado es usted, Gaspar! — dijo uno de los interlocutores. — Quéjase su padre de usted de que prefiere la literatura á la pintura, y ahora parece que es al revés; pinta usted de noche y estudia de día.

— ¿Quién dice que yo pinto de noche? — replicó Gaspar riéndose.

— Vea usted — contestaron todos, en cuyos cuadros se notaba alguna adición de figura, cabeza ó brazos.

Méndez estuvo mirando y dijo:

— A fe mía, señores, esto no es obra de Gaspar.

— ¿Qué motivo tiene usted, Sr. Méndez, para creer que eso no sea de Gaspar? — dijo Chaves.

— Es muy sencillo: porque Gaspar es incapaz....

— ¿De dar estas bromas? — repuso otro acabando la frase.

— De hacer eso — continuó Méndez.

Esta expresión fué saludada con estrepitosas carcajadas.

— Entonces es usted quien lo ha hecho — dijeron todos.

— El duende — dijo entre dientes el negro Gómez.

— Al trabajo, señores, el maestro viene.

— Y yo me voy — dijo Gaspar.

— ¿Dónde vas?

— A leer al Sr. Méndez unos versos que he compuesto.

— ¡Sebastián! ¡Sebastián!

Al oír estos gritos, repetidos por los discípulos, se presentó en el salón un joven mulato, Sebastián Gómez, hijo del negro y criado de Murillo.

— Aquí estoy, mis amos.

— Sebastián, trae el lienzo — decía uno.

— Venga aceite — gritaba otro.

— Sebastián, mi paleta.

— Sebastián, muéleme amarillo.

— Y bermellón para mí.

— Sebastián, vamos, pronto.

Descando contestar al barullo de gritos con que le mandaban, corría el mulato de una parte á otra, maltratado, insultado, por no poder servir á todos á un tiempo.

— ¿Qué bulla es esta? — exclamó con voz severa un recién llegado.

Sus palabras produjeron silencio general; los discípulos le saludaron respetuosamente. Tendría unos cuarenta años; de porte distinguido; su aspecto revelaba autoridad. Era el maestro Bartolomé Esteban Murillo.

En seguida recorrió los cuadros de sus discípulos.

— Vea usted — le dijo Villavicencio mostrándole el suyo.

— Muy bien, perfectamente; hace usted progresos notables.

— No he sido yo quien ha pintado eso, maestro — dijo Villavicencio apesadumbrado.

— Pues ¿quién? — añadió Murillo — porque esto es admirable. ¡Qué tono! ¡qué frescura! ¡qué colorido! ¡qué delicadeza en los toques! ¿Ha sido usted, Méndez?

— No, señor.

— ¿Entonces, Suárez?

— Tampoco.

— ¿Será Gaspar?

— Lo niega — contestó Chaves.

— Si lo niega, debe creérsele. ¿Mas de quién es? Esta cabeza de la Virgen no ha venido por sí sola á colocarse en el cuadro de Villavicencio.

— Señor Murillo — dijo Córdoba, el más joven de todos — es menester creer á Gómez y á Sebastián....

— ¿Y qué?

— Dicen que aquí hay duende.

Córdoba fué interrumpido por risotadas.

— Búrlense ustedes de mí — dijo; — lo cierto es que de algún tiempo á esta parte, ocurren aquí cosas extraordinarias.

— Por la noche — replicó Villavicencio.

— ¿Qué sucede por la noche? — preguntó Murillo sin apartar la vista de la inspirada cabeza de la Virgen María.

Córdoba dió la siguiente explicación.

— Según costumbre, cuando salimos del salón, dejamos las paletas limpias, los pinceles lavados, los caballetes recogidos y puestos al revés los lienzos. Pues hace lo menos un mes, que cuando llegamos por la mañana, el uno encuentra su paleta manchada, el otro sus pinceles sucios y rodando; en los lienzos ve uno concluido el brazo que había bosquejado el día anterior, otro pintado en un rincón de su cuadro al diablo rechinando los dientes; algunos suelen hallar cabezas de ángeles; á veces se ven caras de viejo ó de niño, ó la caricatura de alguna persona conocida, como puede usted observar en el retrato del Canónigo D. Diego, que se halla en el lienzo de Suárez. En fin, señor maestro, sería nunca acabar referir las cosas que acontecen aquí.

— ¿Será sonámbulo Gaspar? — preguntó Villavicencio á su maestro.

— No; pero aunque lo fuese, no es creíble que pudiera trabajar mejor de noche con los ojos cerrados, que de día con ellos abiertos. No, amigos; el que ha hecho esa cabeza es más que un discípulo, más que un copista. Está incorrecta, pero se advierte en ella el fuego del genio. Yo me honraría firmán-

dola. Sea quien fuere el autor, pronto lo averiguaremos. ¡Sebastián!

— No crea usted saber nada por Sebastián — dijo Villavicencio.

— Ya lo veremos.

— ¡Sebastián!

— Aquí estoy, mi amo.

— ¿No te he mandado que duermas en el estudio todas las noches?

— Sí, mi amo.

— ¿Y duermes aquí?

— Sí, mi amo.

— Entonces, dínos quién entra en el salón. ¿Quién?

— Nadie, mi amo — contestó el mulato lleno de miedo.

— ¡Nadie! Mientes, esclavo. ¿Pues qué no tienes ojos?

Y Murillo señalaba con el dedo la cabeza de la Virgen.

— Nadie más que yo, mi amo, lo juro — decía Sebastián cruzando las manos.

— Pues oye — replicó Murillo amostazado. — Yo he de averiguar quién ha pintado esa cabeza de la Virgen y esas figuras que estos señores encuentran en sus lienzos. Estoy resuelto a saberlo. Esta noche estarás en vela; y si mañana no has descubierto al intruso, recibirás veinte latigazos de mano de mi mayordomo.

— Pero, señor amo — contestó Sebastián temblando — si esta noche quedará todo en orden, si mañana no hay nada en estos lienzos....

— Si no hay nada, en vez de veinte recibirás treinta latigazos: lo dicho, dicho.

Empezó la lección, reinando profundo silencio. Era tal la devoción de Murillo hacia su arte, que no consentía en su presencia, palabra alguna profana, entendiéndose así por cualquier palabra que no tuviese relación con la pintura.

— Dínos ahora, Sebastián — dijo Villavicencio, luego que Murillo acabó la lección y salió — por qué, cuando el maestro te preguntó quién hacía estas cabecitas, no le dijiste como á nosotros: ¡el duende!

— Porque esta respuesta me hubiera valido algunos correazos — contestó Sebastián, cuya lengua, como la de los discípulos, parecía que tomaba soltura con la salida del maestro.

— No te valdrá mañana tu duende — dijo Méndez.

— No hable usted mal del duende, Sr. de Méndez — replicó Sebastián aparentando miedo. — Mire cómo se venga de usted alargando el brazo de Santiago. Ese brazo está por lo menos una pulgada más largo que el otro.

— Tiene razón Sebastián — dijo Osorio acercándose al caballete. — Ese brazo es demasiado largo.

— Dame amarillo subido, Sebastián — dijo Tobar.

— ¿No cree usted que ese es ya bastante amarillo? — observó el mulato.

— Tiene razón Sebastián; ¿y mi color qué te parece? — preguntó Chaves.

— A usted le da por el azul. Aguas azuladas, árboles azulados, prados azules. ¿Es de intento verlo todo azulado?

— Sebastián está en lo cierto — añadió Tobar: — tienes metido el azul en los huesos.

— ¿Sabes — dijo Chaves — que este esclavo, con su facha de simple, tiene tanta malicia como un mono?

— Y ¿qué es un negro sino una especie de mono? — replicó Villavicencio.

— Mezcla de papagayo — añadió Tobar.

— Con la diferencia de que el papagayo no hace más que repetir — dijo Osorio — y Sebastián piensa y habla á tiempo y por su propia cuenta.

— Justamente, habla por hablar, aunque algunas veces acierta — contestó Tobar.

— Yo no hago más que repetir lo que oigo al maestro — contestó Sebastián con apariencia de sencillez; — porque al cabo, ¿qué otra cosa soy yo sino un mono ó papagayo? — Detúvose un momento, y añadió: ó un esclavo.

Pronunció esta última frase con acento de melancolía tan profunda, que todos se conmovieron. Poco después salían del estudio diciendo al mulato:

— Adiós, Sebastián; bien puedes atrapar al dueño; mira que si no, lo pagarán tus costillas.

— Adiós, Sebastián; memorias al duende.

II

¡El duende! ¡el duende!

Repitiendo estas palabras en el mismo tono con que había pronunciado antes la palabra *esclavo*, se puso Sebastián á arreglar el estudio. Y como la noche se acercaba, encendió luz, escudriñando á su alrededor para cerciorarse de si estaba solo. Fijóse en el caballete de Villavicencio, y contemplando aquella cabeza de la Virgen que como por encanto había aparecido en el lienzo, sus tardíos ojos, y aire perezoso, el sér todo del infeliz mulato cobraron animación y vida, pensando para sí, pues lo había oído:

El maestro ha dicho: « Me honraría firmando esa cabeza. »

Reflexionando sobre esto, quedó como extasiado.

Largo tiempo permaneció inmóvil, hasta que una mano le sujetó el brazo. Su imaginación le había alejado tanto de lo presente y de lo visible, que se sobresaltó cuando le tocaron.

— ¡Sebastián! — dijo una voz tímida y ronca.

— ¿Es usted, padre? — contestó Sebastián mirando al negro.

— ¿Qué haces aquí?

— Nada, observar ese cuadro.

— Sebastián — dijo el viejo mirando con inquietud á su hijo — he oído que vas á quedarte en vela esta noche.

— Sí, padre.

— ¿Y el duende? — replicó mirando lleno de terror á lo largo del salón, cuya profunda obscuridad hacía resaltar más la luz artificial.

— No le tengo miedo — dijo Sebastián con sonrisa involuntaria de incredulidad.

— No le insultes. Si viniera y te llevara, ¿qué sería del viejo Gómez? Me quedaré contigo.

— Padre — contestó el mulato — el duende no es un sér real, sino una superstición añeja. El Padre Ambrosio se lo ha dicho á usted, y debe creerlo, porque es un santo.

— Mas estas cabecitas, y particularmente aquella de la Virgen que á todos han sorprendido, ¿quién sino el duende ha podido hacerlas?

— Ya se aclarará esto, padre; ahora haría usted bien en dejarme solo.

— Solo, pero no libre: nuestra condición horrible es la del esclavo.

Al decir esto, Sebastián se estremeció.

— ¡Horrible! — repitió el viejo — y sin esperanza!

— Padre — dijo el joven mulato, levantando la vista hacia los vidrios de la claraboya por los cuales se veían brillar las estrellas — allá arriba está el Dios de todos, lo mismo del negro que del blanco, del esclavo que del amo. Arriba está María, que es de todos madre, pidámosla que nos oiga. Ahora, padre, conviene que vaya usted á acostarse y á dormir descuidado. Ya no soy ningún niño: tengo quince años. Buenas noches, padre.

— Buenas noches — contestó el viejo saliendo receloso; — buenas noches.

— Veinte latigazos — pensaba á sus solas Sebastián — si no confieso la verdad; treinta si mañana no hay nuevas figuras en los lienzos. ¡Pobre esclavo! ¿Qué has de hacer? Pero ¿qué sueño tengo! — dijo bostezando. — Pediré á Dios; y ¿quién sabe!

Cayó de rodillas sobre el jergón que le servía de cama; con el cansancio del día, el sueño le sorprendió en medio de su oración, y no despertó hasta que los primeros rayos de la aurora iluminaron su frente. El reloj de Capuchinos daba las cuatro cuando Sebastián abrió con dificultad los ojos.

— Vamos, perezoso, levántate — se dijo; — tres horas tienes aún para ti, tres horas que puedes llamar tuyas, tres horas durante las cuales eres amo de ti mismo; haz buen uso de ellas, pobre esclavo.

El muchacho se acercó al caballete de Villavicencio.

— En primer lugar — dijo — es preciso borrar estas figuras.

Tomó una brocha mojada en aceite y descubrió la cabeza de la Virgen, que iluminada por los rayos de la aurora parecía aún más bella.

— ¿La borraré? No han tenido ellos valor de hacerlo, á pesar de sus insultos, ¿y he de tenerle yo? Antes consentiré que me apaleen: antes morir si es preciso. Esta cabeza está viva.... respira.... Si la borro, acaso derramaría sangre, sería yo un asesino. De ningún modo: voy á concluir la. Sus cabellos no flotan con bastante gracia; aquí hay algo de dureza; allí falta una pincelada. Aun cabe animar el rostro; esta línea está muy pronunciada; la Virgen oraba; sus labios deben entreabrirse; así.... bien.... basta. Pero ¿estoy soñando? ¡Tiene fijos en mí los ojos! ¡Ah! me parece que oigo un suspiro de sus labios. ¡Madre mía!

III

Había salido el sol; sus rayos alumbraban con todo el lleno de su luz: Sebastián, abstraído, olvidó lo avanzado de la hora y los veinte latigazos que le esperaban. Entusiasmado el joven artista, no veía más que la cara de la Virgen María con su sonrisa llena de amor y de bondad. Ya no era esclavo: sino libre. No había esclavos en el mundo á donde él se había levantado. Oyéronse algunos pasos; el eco de voces conocidas dispuso su ilusión, le devolvió á la tierra para volver á ser paria.

Sebastián, sin volver la cabeza, conoció que Murillo y sus discípulos estaban detrás. Sorprendido, confuso, no pensó ni en disculparse ni en irse; con la paleta en una mano y el pincel en la otra, no se atrevía á moverse; esperaba inquieto el castigo con que se le había amenazado.

Hubo un intervalo de silencio; Sebastián, sorprendido de aquella paz; Murillo y sus discípulos, admirados de lo que veían. Los jóvenes anhelaban mostrar su admiración, pero un ademán del maestro les hizo guardar silencio. Acercóse al esclavo, y disimulando su emoción, le dijo:

— Sebastián, ¿quién es tu maestro?

— Murillo — contestó temblando.

— ¡Cómo! yo nunca te he dado lección — replicó Murillo admirado.

— No, mi amo, pero las dais á otros, y yo me he aprovechado de ellas — replicó Sebastián animado por la dulzura del maestro.

— ¡Y tú las has tomado! — repitió Murillo.

— Como no me lo habéis prohibido....

— ¡Por Santiago! — añadió Murillo con viveza — que tú has aprovechado de mis lecciones más que ninguno de mis discípulos. ¿Olvidaste mi encargo de ayer?

El infeliz palideció, como si ya sintiera el látigo en su cuerpo.

— Maestro — exclamaron en tono de súplica los discípulos — perdone á Sebastián.

— No — replicó Murillo — aquí hay que hacer algo más que perdonar: este muchacho más que perdón, merece recompensa.

— ¡Madre mía! — exclamó el mulato, y Murillo añadió enternecido:

— Pídemelo lo que quieras.

— ¡No me atrevo, mi amo, no me atrevo! — Y juntando las manos, las alzó suplicante, mientras que en sus labios trémulos, las palabras parecían formarse y borrarse de repente, mostrando un deseo que la timidez le impedía expresar.

— Habla claramente, ya que mi padre lo quiere — dijo Gaspar.

— Pedirá dinero — añadió otro.

— No; vestidos — repuso el de más allá.

— Me parece que adivino lo que quiere — dijo Villavicencio; — desea ser admitido en el número de los discípulos del Sr. Murillo....

El semblante del joven mulato brilló de alegría.

— Pide un sitio donde tengas buena luz — dijo González — cuyo caballete estaba mal situado, por ser el discípulo más moderno.

— ¿Es eso lo que quieres? — preguntó Murillo.

Sebastián hizo un movimiento negativo.

— ¡Cómo! — repuso Murillo sorprendido.

— Sebastián — exclamó Gaspar — hoy es uno de los días buenos de mi padre; puedes pedir lo que quieras: pide la libertad.

Lanzando un grito de alegría y ansiedad el mulato se arrojó á los pies de Murillo.

— ¡Sí, sí, la libertad.....! ¡para mi padre, para mi padre.....!

No pudo continuar; las lágrimas sofocaban sus palabras.

— Sí, hijo mío, para él y para ti — contestó Murillo, quien no pudiendo ya contenerse, levantó á Sebastián estrechándole contra su corazón.

No lejos se oían sollozos; todos miraron hacia allí: era el viejo que lloraba á lágrima viva.

— Eres libre, Gómez — dijo Murillo dándole la mano.

— ¡Libre para serviros toda mi vida, señor! — contestó Gómez, besándose.

— Sebastián — añadió — será desde hoy uno de mis predilectos discípulos.

— ¡Discípulo vuestro! eso es ya demasiado — contestó Sebastián; — ¡yo, hijo de un negro, mulato, esclavo!

— Delante de Dios no hay negros, mulatos, ni esclavos — replicó Murillo con piadoso fervor. — Todos son hombres; y como tales, iguales á sus ojos. ¡Feliz de mí! que hice de ti un pintor; porque tu nombre pasará á la posteridad, y será corona de mi fama el que ha de llamarse el *Mulato de Murillo*.

Y así fué; Sebastián Gómez se dió á conocer más por este sobrenombre que por el suyo verdadero, llegando á ser uno de los pintores de que puede vanagloriarse España.

Muchas casas de Sevilla poseen cuadros de Sebastián Gómez; sus obras escogidas están en las iglesias de esta ciudad, pues casi siempre pintó cuadros piadosos. Su rasgo más característico es la interpretación del rostro de la Virgen María en las diversas edades de su santa vida. La catedral de Sevilla conserva, entre otros, un cuadro de la Virgen con el divino Niño, y otro con San José, que bastan por sí solos para labrar la fama de un hombre.

Sebastián Gómez sobrevivió pocos años á Murillo; créese que murió hacia 1690.

X.

ASOCIACIONES BENÉFICAS

ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS

En el Comedor de la Caridad de nuestro Asilo, desde el día 16 al 23 del actual, han recibido alimento de manos de las señoras 6.316 personas, entre obreros y sus familias. El día de mayor número de socorridos fué el 20, que ascendió á 1.050.

SANTA HERMANDAD DEL REFUGIO

Las solemnes exequias que en su Real iglesia de San Antonio de los Alemanes esta Corporación dedicó los días 15 y 16 á la memoria del ilustre Marqués de Santa Cruz, su digno Presidente durante veintitrés años, fueron propias de los merecimientos del finado. Ofició nuestro Prelado, asistiendo gran concurrencia de hermanos y dando ocasión á que haya sido conocida la música religiosa de D. Domingo Olleta, Presbítero, maestro de capilla de la Catedral de La Seo de Zaragoza, á cuya personalidad dedicamos un artículo en nuestro número de 5 de Mayo del año anterior.

El rezo de difuntos en los Maitines y la Misa de *Requiem* confirmaron los juicios de esta Revista, al apreciar al maestro Olleta como eminente compositor sagrado.

Posteriormente, en los días 20, 21 y 22, ha celebrado la Hermandad los exámenes anuales de su Colegio de niñas huérfanas de la Inmaculada Concepción, demostrando las alumnas la brillante educación que reciben en este centro de enseñanza. En la sección de canto se distinguieron las señoritas González, Vilches y Montes, y el maestro Blasco, profesor del colegio, cantó de admirable manera una lección música de Olleta, por la que obtuvieron, así el célebre compositor como su intérprete, calurosa ovación.

La Hermandad, en Junta general, eligió unánimemente para suceder en la Presidencia al finado Marqués de Santa Cruz, á su hijo primogénito, Excelentísimo Sr. Marqués del Viso.

CRÓNICA

La Archicofradía de las «Cuarenta Horas» de Madrid lamenta hasta tal punto la escasez de recursos para mantener el culto constante tributado al Santísimo Sacramento, que si los fieles y almas piadosas no acuden con sus auxilios, tendrá que suspenderse la vela diaria.

El Sr. Cura Párroco de San Ginés, D. Manuel Uribe, es el encargado de recoger limosnas y de inscribir nombres de los que quieran asociarse á esta obra de piedad.

— Las cantidades recaudadas por la obra de la Propagación de la Fe, producto de suscripciones voluntarias de cinco céntimos semanales y por donativos particulares durante el año de 1888, asciende á la respetable cantidad de 6.362.142 pesetas y 22 céntimos, en esta forma: Europa, 5.975.720 pesetas y 47 céntimos; Asia, 8.305 con 6; Africa, 33.449 con 55; América, 331.211 con 84, y Oceanía, 13.455 con 39. La misma Congregación emplea en sostener y propagar las Misiones de Europa 808.959; de Asia, 2.847.098; de Africa, 1.240.259; de América, 533.613; de Oceanía, 545.552; que hacen un total de 5.975.481 pesetas.

— El número de católicos que existen en el Imperio de Marruecos pasa de 5.600, repartidos en su mayor parte en Tetuán, Tánger, Larache, Casablanca, Mogador y Mazagán. Existen tres Misiones nacientes: Alcázar, Rabat y Saffi, en las cuales hay 98, 56 y 64 católicos respectivamente.

Hay dos iglesias en Tetuán y Tánger y nueve capillas. El prefecto apostólico de aquel Imperio, insigne P. José Lerchundi, que goza de una inmensa popularidad entre los infieles, y á quien el Emperador distingue sobremanera, reside habitualmente en Tánger y tiene á sus órdenes cuarenta y dos misioneros. En todas las poblaciones en que existen misioneros hay escuelas, á las que concurren no pocos hijos de infieles.

— En los Estados Unidos ha sido botado al agua un buque-iglesia de hierro, de forma muy curiosa, capaz de contener 600 personas, y destinado, sin duda, á la propaganda católica en la América del Norte.

— Hemos recibido los libros y publicaciones siguientes:

Vida de San Pablo de la Cruz, nueva y hermosa edición publicada por los PP. Pasionistas de Deusto. Un tomo en 4.º de 500 páginas, con el retrato

del Santo. Se vende á 2 pesetas en las principales librerías religiosas de España.

Cuentos, artículos y diálogos de buen humor, por D. Adolfo Claraviana, con ilustraciones de Suay. Pertenece á la Biblioteca de la *Semana Católica* este tomo de 250 páginas, y se vende á peseta. Los pedidos, Bolsa, 10, Madrid.

Un interesante folleto, que comprende la Memoria aceptada por la Sección quinta del Congreso Católico Nacional, sobre el estilo más conveniente para edificios religiosos, museos diocesanos y juntas periciales consultivas de arquitectura, antigüedades y bellas artes sagradas, por el Canónigo de nuestra Catedral D. Liborio Acosta de la Torre.

Las últimas y notables entregas de la obra editada por la casa Cortezo y Compañía, de Barcelona, *España, sus monumentos y artes*, referentes á la provincia de Soria.

Historia general de los caballeros del Temple. Cuadernos de esta ilustrada obra, que terminan en el 39.

Almanaque de los amigos del Papa para 1890, publicado por la *Revista Popular* de Barcelona, que contiene muchos grabados y artículos interesantes.

Almanaque de pared, publicado por la casa de Bailly-Baillière. Precio: 50 céntimos.

NOTAS SUELTAS

LA TORRE DE LOS LUJANES

Este histórico monumento amenaza ruina. La prensa nos da de vez en cuando esta poco grata noticia, pero nunca la de que se trate de evitar su destrucción. Si esta torre llega por completo á desmoronarse, perdemos uno de los pocos edificios que conservan la tradición del antiguo Madrid.

Prisionero en la famosa batalla de Pavía el presuntuoso Rey de Francia Francisco I, á quien se atribuye la frase *todo se ha perdido menos el honor*, derrotado por las tropas del Emperador Carlos V, fué conducido en 1525 á España y custodiado primero en las casas llamadas de Ocaña, más tarde de Luján y luego en el alcázar, de donde procuró evadirse; viniendo su madre y hermana en el mismo año á solicitar del Emperador la libertad del Rey cautivo, cuya tristeza y apocamiento de ánimo eran tales, á pesar del excelente trato que recibía, que se llegó á temer por su vida.

No falta quien contradiga el hecho de la momentánea reclusión de Francisco I en la torre de los Lujanes, ni quien la afirme; pero el hecho de la derrota es exacto; la prisión del Monarca en Madrid evidente.

Por cierto que, al ser prisionero este Monarca por el intrépido vascongado Juan de Urbieta, entregó su espada, que se conservó en la Real Armería de Madrid, donde permaneció hasta 1808, en que las indignas autoridades de la villa la entregaron al sanguinario Murat, quien la pidió, como si poseyendo la espada del derrotado de Pavía, pudiera borrarse la victoria obtenida por el esforzado Marqués de Pescara, el Marqués del Vasto, Antonio de Leiva, el Duque de Borbón, Carlos de Lannoy y demás caudillos del ejército imperial, en aquella sangrienta jornada.

Forman la torre y casa señorial de los Lujanes, un grupo de construcciones pertenecientes á tres distintas épocas, siendo la más antigua la que constituye la torre. Tiene ésta una sola puerta, que comunicaba en lo antiguo con las afueras de la fortaleza, y actualmente da á la calle del Codo.

Pertenece al género de arquitectura que en la historia del arte español representa la influencia del arte mahometano. Compónese de un arco *tímido ojival*, que recuerda los que llevan el nombre de herradura, y aparece sencillamente exornado por un voltel ó baquetón que rodea su periferia interna.

Hállanse las hojas de la puerta, que parecen de nogal, chapeadas de hierro y exornadas de clavos piramidales en punta de pico, lo cual contribuye á dar cierto aspecto de unidad á la construcción militar á que aquél pertenece.

Enclavada la portada en el antiguo muro, y llevándola los caracteres artísticos que ofrece, cuando menos, á la primera mitad del siglo xv, es evidente que la torre de los Lujanes revela una antigüedad muy superior á la entrada de Francisco I de Francia, lo cual sucede también respecto del interior del expresado monumento.

Constituye el primer piso de la torre una bóveda de cañón seguido, construída en los posteriores años del siglo xvi; el principal, que forma un espacioso salón de metros 7,67 de Este á Oeste, por 6,55 de Norte á Sur, y cuyos muros tienen el espesor de 1,37 enfrente del Ayuntamiento, y de 1,91 á 1,47 en lo restante, cubierto por rica techumbre característica de la segunda mitad del siglo xv, en que hubo de experimentar alguna restauración la antigua fábrica. La expresada techumbre consiste en gruesas alfardas ó tirantes que, pasando de parte á parte en la dirección de Este á Oeste, aparecen enriquecidas, así como los intervalos de una á otra, de frisos y follaje con pintura.

En esta casa existen: en el piso entresuelo la Sociedad Económica Matritense, y en el principal la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

* *

En el ensanche:

— Señora doña Sopetrana, ¡cuánto tiempo sin vernos!

— Le encuentro á usted muy bien, Sr. D. Ambrosio; ha engordado usted....

— Estuve bastante débil, pero soy otro hombre desde que tomé unas....

— ¿Unas duchas?

— No, unas expropiaciones.

* *

Entre cocineros:

— ¿Estuvo malo tu señor, el día de Pascua?

— Sí.

— ¿Del trancazo?

— No, de que se le metió el pavo dentro.

* *

PASTORELAS

¡Carrasclás, que país tan guapo!

¡Carrasclás, cómo chupa ya!

¡Carrasclás, qué bien va al pesebre!

¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

A tu puerta hemos llegado
barbianas y compañía,

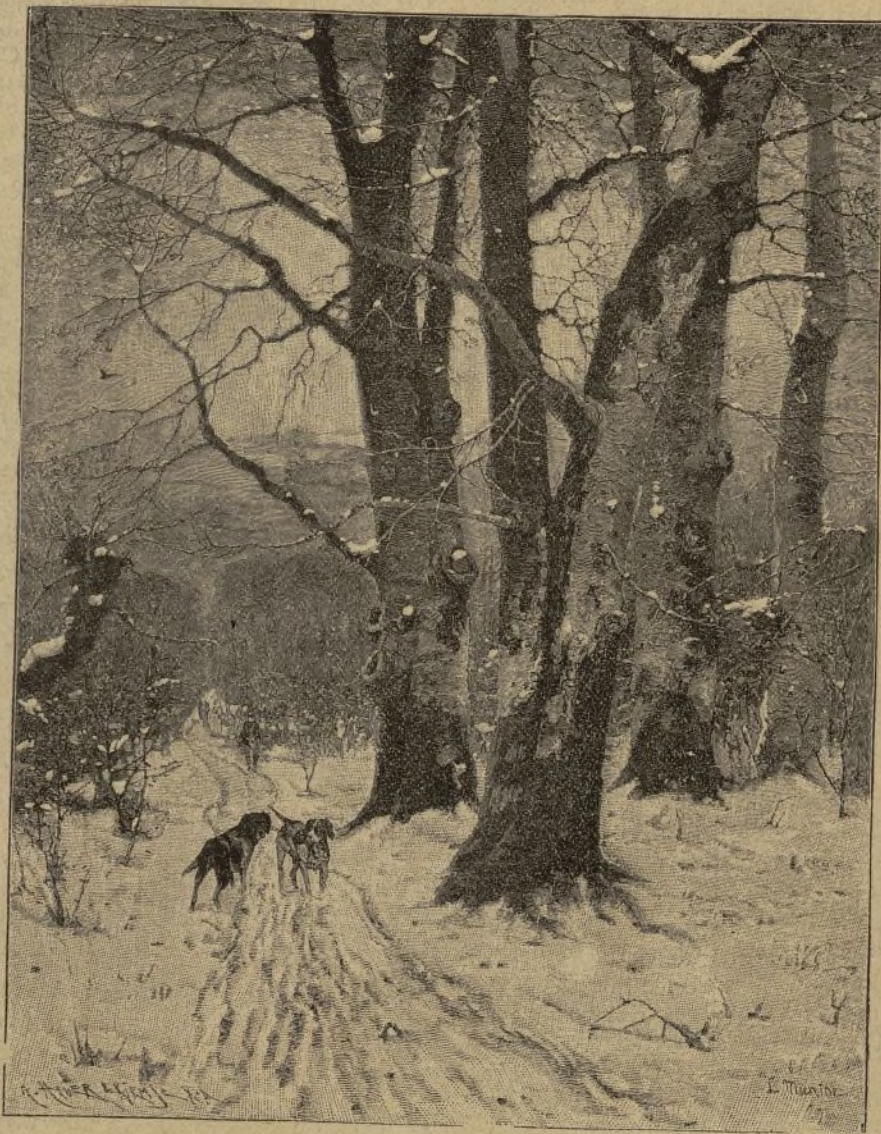
si quieres que te cantemos
echa un mar de manzanilla.

En la calle tienes libres
mil ratas de calidad;

si deseas tomar algo
te enseñarán á tomar.

Aquí están los estudiantes
de la manifestación,
que prefieren á los libros
entrar en la coalición.

Suegros, yernos y cuñados
hemos llegado á tu puerta;
si te falta mayoría
aquí está la familiaja.



PAISAJE DE INVIERNO, CUADRO DE L. MEINTHE.

A tu puerta hemos llegado
cien votos de comisiones;
si quieres que te votemos
lárganos cien direcciones.

Veinte jefes de grupito
hemos llegado á tu casa;
¿quieres que nos arreglemos?
pues á cartera por barba.

A tu puerta hemos llegado
diez prohombres influyentes;
si quieres conciliación
nos has de hacer Presidentes.

Diez millones de oradores
charlando á tu puerta están;
todos vienen á comer
y ninguno á trabajar.

¡Carrasclás, que país tan guapo!

¡Carrasclás, qué gordito está!

¡Carrasclás, cómo afila el diente!

¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

* *

Dos matones á la puerta de la Lotería:

— Chés, ¿te ha tocao?

— ¿A mí? ¡Si me llega á tocar la rompo un hueso!

* *

Entre músicos viejos:

— Tanto como hablan de estas tiples de ahora....
¿Se acuerda usted cuando cantaba la Tosi?

— ¡Ya lo creo! Sino que ya no llamaría tanto la atención.

— ¿Por qué?

— Por que ahora hay muchas Toses.

* *

LA NOCHE BUENA

En alta mar: — ¡Maldita niebla! ¿Dónde estará la tierra?
¿Dónde estará el cielo? ¿Cuándo amanecerá?

En el monte: — El lobo ha cogido una oveja; si voy á perseguirle vendrán otros y se comerán las demás. ¡Te digo que ser pastor en estos tiempos.....!

De centinela en el castillo de.....: — Oigo pasos; ¿quién vive.....? No era nadie. Es que estoy tiritando y hago ruido con los dientes.

En el calabozo: — Vigilante, ¿qué haré yo para matar el hambre?—Tomar algo.—¿Estás fumando?—Sí.—Pues, hombre, dame una chupada, que hoy no tengo otra cena.

En el hospital: — Hermanita, ¿qué hora es esa que ha dado?—Las doce.—Pues voy á levantarme para ir á la Misa del gallo. Haga usted el favor de traerme la pierna que me han cortado esta tarde.

El gastrónomo después de cenar: — ¡No hay nada como una buena mesa!

La gran señora envolviéndose en sábanas de Holanda: — ¡Nada como una cama limpia y blanda!

El beodo apurando el vaso: — ¡A la salté de los hombres libres!

Las monjas en el coro: — Acuérdate, Señor, de los que sufren y despierta á los que sólo piensan en gozar.

* *

Mochález, al volver á su casa de divertir á los chicos, dice á su mujer:

— Hija, cada vez que voy á ver un Nacimiento, me dan ganas de ser mula.

— Dirás buey.

— No, eso cualquiera lo es.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El único Dentífrico aprobado por la Academia de Medicina de París
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Encomendado especialmente con los **POLVOS de BOTOT**
con Quina para los cuidados de la boca.
229, Rue St-Honoré, París
Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

JABON REAL **VIOLET** JABON
DE **THRIDACE** único inventor **VELOUTINE**
29, B* des l. aliées, París
Recomendados por autoridades médicas para Higiene de la Piel y Belleza del Color.

¡OH! YO TENGO BUENOS DIENTES

¡Cuántas personas prorrumpen esta exclamación y se consideran dispensadas de toda higiene, hasta que la traidora carie ataca sus "buenos dientes," produciéndolas el mayor pesar! Nada es más peligroso que esa imprevisión cuyas consecuencias son siempre funestas, porque está demostrado por continuos ejemplos que la mejor dentadura del mundo no podría pasarse sin cuidados higiénicos.

En esto estriba, desde luego, la causa de la inmensa fama del célebre **Elixir dentífrico de los RR. PP. Benedictinos de la Abadía de Soulae**, que es el único, entre todos sus impotentes concurrentes, capaz de conservar á los dientes una blancura y solidez constante, á las encías una frescura continua, y al aliento una pureza inalterable.

Agente general.—A. SEGUIN, Bordeaux.

Se halla en todas las principales perfumerías, farmacias y droguerías de todo el mundo.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.193.